



<b>EN ESPAÑA.</b> EDICION DE LUJO. Tres meses. . . . . 28 reales. Seis . . . . . 50 " Un año. . . . . 90 " EDICION ECONOMICA. Tres meses. . . . . 16 reales. Seis . . . . . 28 " Un año. . . . . 50 "	<b>DIRECTORA,</b> <b>LA BARONESA DE WILSON.</b> <hr/> <b>EDITOR-PROPIETARIO,</b> <b>JOSÉ DE CASTRO Y CERBÓ.</b>	<b>EN EL EXTRANJERO,</b> ISLA DE CUBA Y PUERTO-RICO. Seis meses. . . . . 5 pesos. Un año. . . . . 9 " <b>EN EL CENTRO DE AMÉRICA</b> Y FILIPINAS. Un año. . . . . 11 pesos.
Año II.	Madrid 13 de Mayo de 1872.	Número 18.

**SUMARIO.**

Revista de modas y labores, por la Baronesa de Wilson.—El sueño de Eva, por J. Denizet.—La yedra, por el proscrito del Almendares.—Paseo filosófico-humorístico al rededor de los muebles, por Julio Nombela.—Matilde Diez, por D. J. Castro y Cerbó.—El Libro del corazón, por D. Ramon Ortega y Frias.—Explicacion de los grabados.—Geroglífico.

**REVISTA DE MODAS Y LABORES.**

**I.**

Todavía los rayos del sol de primavera no templan el viento fresco que desde hace algunos dias está reinando, y á pesar de que el mes de Mayo nos rejuvenece el corazón, anunciando la estación de la alegría, del cielo sereno y de las noches apacibles, sin embargo, aun no pueden adoptarse los trajes vaporosos y ligeros que tanto realzan la belleza de la mujer.

Al ocuparnos continuamente de modelos ricos y elegantes, no es porque deseemos describir solamente los que puedan costear las señoras de gran fortuna y posición social, sino porque al presentar, por ejemplo, una lujosa túnica de crespon de China ó de seda, puede ésta sustituirse con otra de cachemir, de piqué y hasta de percal, el

mismo modelo, idéntico buen gusto, pero con sutache ó con rizados, en lugar de encajes ó flecos.

Para el campo nada más lindo, más fresco y más económico, puesto que se lava perfectamente, que el piqué, sea blanco, sea barquillo ó paja, bordado con sutache y de forma princesa; esto con sombrero de paja, formará un todo muy distinguido y á la par sencillo y sin pretensiones.

Para las jovencitas tambien aconsejaremos las faldas de lanilla color barquillo, tierra ó paja, con túnica princesa y escote fichú, propio este traje, con una talma Watteau de lana dulce, para viaje y para campo.

De mucha novedad y distincion era un vestido que vimos en estos últimos dias, y que estaba destinado á lucirse en las campiñas de Guipúzcoa.

La falda era de fular color violeta claro, adornado con un volante y dos rizados de color un poco más claro. Túnica Rimini de cachemir, ondeada y bordada con sutache, abierta por delante y recogida de cada lado con faja y caidas color malva: esta túnica estaba cerrada con botones hasta la cintura; muy larga de talle y muy esbelta por detrás, á la italiana: para



**MATILDE DIEZ.**

una señora joven ó señorita es un modelo precioso. Para la elegante señora de S..., y tambien para ostentar-

se en los salones de reunion, en San Sebastian ó Deva, admiramos dos trajes de fular blanco, con listas azules uno y otro blanco con listas cereza: la falda, semi-larga, tenia un volante al biés con un rizado á la cabecilla y con un segundo volante cortado al biés y de 8 centímetros de ancho. Corpiño con aldetas lisas y puff, sostenido por una banda al biés bordada con un rizado, y este mismo adorno se repite en el corpiño. Para este traje se necesitan poco más ó menos de 15 á 16 varas de fular.

El fular crudo es más barato, y con él pueden hacerse trajes para viaje, campo y playa, de buen gusto y cuyo coste es en extremo módico, advirtiéndose que pueden bordarse, lo cual presta gran relieve al vestido.

El fular *Pompadour* con florecillas rosa, claveles ó flores silvestres, son elegantísimas, sobre todo para túnica princesa, aun cuando tambien traje completo está muy en voga.

En Paris se encuentran fácilmente telas á precios arreglados, y que son de bellissimo efecto: el hilo á dibujos, sultana argentina, el tussor, el crespon de lana con granito, la poplin lisa, y para adornos el encaje de lana, los rizados ya preparados, el raso, la faya, el fular, toda clase de objetos para vestir, pueden conseguirse en la capital francesa con mayores ventajas, y nuestras lectoras no ignoran el gusto que tendré en complacerlas en mi próximo viaje, mucho más cuando tantos objetos lindos se encuentran y tanta variedad hay en ellos; preciosas sombrillas, ropa blanca, estuches de costura, caprichosos adornos y encajes de lana para los vestidos, los que aún no se han generalizado en Madrid.

Continuemos nuestra crónica de trajes.

Uno de los modelos llamado *Nilson* es de faya color de reseda, y cuya primera falda está guarnecida con un tableado y un cordón de pasamanería, y á corta distancia un volante con dos cordones de lo mismo y un ondeado ancho, forrado con faya azul. La túnica es redonda, muy corta por delante y larga por detrás, plegada, formando puff. El corpiño está abotonado y es de peto, formando con los adornos el chaleco: las mangas están cortadas al biés con adornos y rizados.

El rosa y el azul, son los colores más de moda para la estación, y sobre todo, para forrar los trajes de batista color crudo, son lindísimos: los volantes de batista son bordados, con otro más pequeño á la cabeza y entredos de encaje: la falda se guarnece con volantes por delante, formando delantal. La polonesa se abre por delante y esta adornada con un volante bordado con entredos bordado: el corpiño se forra con seda rosa y tiene escote cuadrado; un chal de seda rosa, parte del costado derecho y va por detrás á anudar con largas caídas al costado izquierdo: el mismo modelo se hace forrándolo con seda azul ó malva.

El talma *Monaco*, sirve á la vez de capa de viaje y de manta para lo mismo: es original y bonita, pero solo se vende en Paris á precios bastante módicos, y además de ser sumamente útil, será adoptado por la novedad que tiene.

Un caprichoso vestido para casino y campo, es de muselina blanca, adornado con terciopelo negro, en la primera falda tiene un volante, y entre este y la cabecilla dos terciopelos. La sobrefalda forma por delante un pequeño delantal, y de los costados parten dos anchas puntas que anudan por detrás y forman la sobre falda, que además de los terciopelos tiene al borde un encaje de Brujas.

Las mangas son semi-anchas, y llevan cintas de terciopelo y hombrera con lazo.

El negro y el blanco, es un contraste delicioso y que presta gran distinción.

## II.

El lujo de la ropa blanca, es hoy el verdadero lujo de una señora, y el buen gusto resalta principalmente en los encajes, en los bordados y en la forma de las chambras, camisas y enaguas; de estas últimas hemos visto dos elegantes modelos: uno de ellos tenia tres volantes sin frunce, á la cabeza de cada uno de ellos un biés haciendo pié á una tira bordada, que encabeza cada guarnición.

El segundo tiene tres tableados, ondeados con un entredos á la cabeza de cada uno de ellos, y un biés pespunteado que hace la cabeza.

Los bordados sobre tul, son de muy buen efecto para en-

trechos y cubre-cojines y paños de butaca, y tambien para sábanas y almohadas.

Las chambras, con la pechera formada con entredos bordados y tiras, colocadas al biés, con escote fichú, son las más apropiadas para verano, así como los corpiños blancos descotados, con un encaje en el escote ó un bordado, para debajo de los vestidos.

En nuestro número anterior hemos dado la explicación de la jardinera, y hoy presentamos el dibujo de tamaño natural.

La segunda labor, puede servir no solo para bordarla al punto ruso sobre cachemir, sino tambien para vestidos de punto, con seda ó trencilla muy finas.

La Baronesa de Wilson.

## EL SUEÑO DE EVA,

POR

J. DENIZET.

(Continuacion).

### III.

El reloj no señalaba ya las horas ni los años.

Eva se acercó á su tocador y trató de que la repitiera los elogios que su belleza acababa de inspirar.

Una doble arruga atravesaba su frente; otras surcaban tambien sus sienes y se extendian en varias direcciones. Algunos hilos de plata brillaba en su cabellera, antes tan profusa, entonces ya más escasa. Sus dientes carecian del esmalte acostumbrado y se separaban entre sí.

Eva lanzó un suspiro, y procuró reparar los estragos del tiempo.

—Buenos dias, amiga mia,—dijo un anciano como de cincuenta años, entrando en el gabinete y ostentando multitud de joyas en sus dedos, camisa y reloj.

—Querido hacendista, ¿qué casualidad os trae por esta casa?

—Mi hermosa amiga,—contestó el interpelado, acariciando un rubí que formaba el puño de su bastón,—no ignorais que soy rico, que poseo doscientos mil francos de renta. Era un pobre empleado cuando tuve el honor de admiraros en un baile de la embajada de los Estados-Unidos: hace treinta años y algo más; entonces era yo muy perezoso, os ví, y desde aquel dia fui laborioso, porque os adoraba.

—¿Pero y para qué son todos esos detalles?—preguntó Eva mordiéndose los labios.

—Vais á saberlo: debeis recordar que desde aquella época os hice una córte asidua, y como vulgarmente se dice, era uno de los cortesanos más fieles, no quejándome nunca de vuestra crueldad. Sin embargo, á pesar de mi admiración y de mi amor, como no creo obligatoria la felicidad, busqué algunas veces otros amores, pero en vano, siempre volví á vos.

—Caballero...

—¡Ah, no os enfadeis, Eva! A nuestra edad se puede decir todo y escucharlo; por consiguiente, hablemos con franqueza... nadie nos escucha... no nos hagamos ilusiones... tenemos muy cerca de los cincuenta años...

—Caballero, ese lenguaje...

—Sin embargo, preciso es confesar que no los aparentais... todo lo más treinta y ocho á cuarenta.

—Verdaderamente que es imposible que sufra por más tiempo vuestros ultrajes...

—¿Qué decís, Eva? ¿Yo ofenderos?—replicó el anciano, sin alterar su voz.—Hermoda amiga, no es posible que lo creais: ofenderos á vos, á quien profeso verdadera adoración, un culto que ha resistido á todas las locuras de la juventud... no, solamente que cada cual mira las cosas bajo diferente punto de vista y no sienten tampoco lo mismo que otros. Unos aman con la cabeza, otros con el corazón, otros, por fin, con los sentidos. Eva, habeis sido muy bella, lo sois aún, pero habeis tenido un amor propio exagerado, al cual habeis sacrificado todo, hasta los impulsos de vuestro corazón. Yo he sido feo, y jus-

tamente con ese motivo no temia que los años me cambiaran mucho; mientras vuestros adoradores empleaban unos la constancia más heróica, otros el dolor tímido, aquellos la desesperacion, no encontrando en vos más que frialdad é indiferencia, yo derramaba el oro á manos llenas, apenas fuí rico, y traté de olvidaros, siendo atrevido y calavera. Las mujeres me adoraban, pero ese tiempo ha pasado, y á nuestra edad, el juicio y la reflexion regularizan nuestras acciones. Parte de vuestra fortuna está comprometida en un pleito, y hasta que se decida, estais algo escasa de fondos; Eva, á pesar de haber malgastado mucho, aun soy rico, y mi fortuna y mi nombre, la pongo á vuestros piés.

Eva no le escuchaba. Todos sus esfuerzos para contener su cólera habian sido inútiles, y estaba desmayada.

El hacendista se apresuró á socorrerla, rociando su rostro con agua fresca... El carmin y el blanco desaparecieron y dejaron ver las profundas arrugas de su rostro.

Apenas hizo un movimiento, el anciano salió del gabinete, murmurando estas palabras, que Eva escuchó:

—Es más loca, ahora ya vieja, que cuando era jóven... en fin, siempre ha sido una coqueta.

Eva se desmayó otra vez.

## IV.

Las últimas palabras del hacendista iluminaron la razon de Eva: tuvo que resignarse al matrimonio, sin poder ya escoger un esposo á su gusto.

La expiacion empezó: todos los dias sufría escenas terribles. Su marido la maltrataba, y á sus reproches contestaba:

—Sí, verdad es que soy un aldeano, un bruto, doblemente imbécil por haberme casado con vos: dasgraciadamente era el medio único para cortar ese pleito que duraba hacia veinte años, y en el que vuestra fortuna y la mia se agotaban... pero os aseguro que cambiareis... ya os haré ver cómo.

Y la pobre Eva se encerraba en su cuarto para llorar con libertad.

Su marido era celoso, celoso del pasado y del presente: sufría con lo que veía y con lo que no habia visto, y sus desconfianzas, sus injurias, su cólera, sus arrebatos, su brutalidad, hacian de la vida de Eva un infierno.

—Sois una infame,—la decia,—una mujer sin corazon; habeis desesperado á un marqués que se suicidó por vos, un médico se envenenó, un capitán se hizo matar: sois una mujer que por vuestra infernal coquetería habeis sembrado la desgracia al rededor vuestro: érais hermosa, no teneis hoy ni aun esa cualidad; de modo que sería una ventaja veros desaparecer de la tierra.

Y blandía un baston ante el cual huía Eva.

Un trueno hizo temblar la casa hasta en sus cimientos.

—¡Piedad!—exclamó Eva.

Los truenos continuaban, pero más lejos.

## V.

El reloj dió las tres. Eva se estremeció, y recorrió con su mirada la habitacion.

Estaba sola en su gabinete y sentada en su butaca favorita.

Miró sus manos: estaban suaves, blancas, torneadas, y sus uñas sonrosadas y brillantes.

Se lanzó al espejo: sus ojos se llenaron de lágrimas, y cayó de rodillas.

—¡Dios mio,—exclamó,—todo ha sido un sueño... gracias... aun tengo tiempo de hacer la felicidad de otro sér y la mia!...

Y por primera vez Eva comprendió su horrible coquetería, y lloró: una completa trasformacion se operó en sus ideas, y más tranquila, sintió con alegría despertarse los sentimientos que siempre deben enaltecer á la mujer, haciéndola comprender su sublime mision.

Aquella noche recibia Eva á sus numerosos amigos; y los aguardó con impaciencia.

—Siempre hermosa como un ángel,—le dijo el rico hacendista;—vuestro pleito se ha ganado, y desde luego entráis en posesion de la herencia.

—Otra buena noticia, Eva...

—¿Cuál, capitán?... ¡Ah! dispensadme, adivino, y os felicito por vuestro ascenso, comandante.

—La tempestad de hoy, ¿no os ha alterado, querida Eva?

—Al contrario, doctor, solo he pasado un terrible susto; pero en cambio me ha servido de saludable leccion.

—Habia ofrecido no volveros á ver, Eva,—dijo el marqués, fijando sus ojos en la jóven;—pero es imposible...

—Perdonadme...

—¿Que os perdone, Eva? solo de un modo creeria que os compadeceis de mi sincero cariño.

—Señores,—dijo Eva, tomando la mano del marqués,—os presento á mi futuro esposo, y os convido á mi boda, que se efectuará dentro de un mes.

FIN.

## LA YEDRA.

BALADA.

—¡Ay madre! ¿por qué será que mi rosal ya no medra?

—Es que á su tronco esa yedra hija, enlazándose vá.

—Antes me daba al rumor de algun perdido murmullo á cada tarde un capullo, á cada aurora una flor.

Hoy, madre, se pasa el dia, y no sé donde esconder aquellos besos que ayer en sus flores escondia

—Es que de su amante en brazos tu pobre rosal se muere

—¿Pues cómo? —tanto le quiere que le mata con abrazos.

—¿Y llega á tanto el cariño que puede la muerte dar?

—Llega el amor á matar cuando es mas que un falso aliño.

—¡Por eso quedó sin flores mi pobre planta querida!

—Vé en esa yedra homicida la imágen de los amores.

—Turbando va mi razon

—¿Eso te roba la calma?

—Sí; tengo madre del alma...

¡la yedra en el corazon!!

Vigo.

El proscrito del Almendares.

## PASEO FILOSÓFICO-HUMORÍSTICO

AL REDEDOR DE

## LOS MUEBLES.

(Continuacion.)

## III.

La antesala y el despacho descritas en el artículo segundo, bastan por sí solas para conocer el origen de la familia que habita la casa.

No hay duda: en todas las habitaciones puede hallarse la historia de muchas historias... ¡tísten todas ellas!

Un hombre con dinero ha reunido por medio del préstamo, y acaso con el auxilio de la usura, lo supérfluo y hasta lo necesario de muchas familias.

Los objetos artísticos que vimos no prueban que el dueño de la casa sea apasionado, protector, ni simplemente adorador de las artes.

Ha ido recibiendo aquellos objetos como prendas pretorias, y ha dado solamente la cuarta ó quinta parte de su valor intrínseco.

Los que no han podido encontrar la llave de oro que los saque de su prision, han quedado en poder del prestamista; y éste, despues de haber realizado pingües ganancias, se ha retirado á vivir de sus rentas, llevándose los recuerdos de muchos desdichados, para atestar con ellos las habitaciones. Desde luego habeis notado que le falta buen gusto.

Aquellas preciosidades ordenadas y colocadas por una persona dotada de sentimiento artístico, ofrecerian muy distinto espectáculo.

El trasparente y el armero, os prueban que el poseedor de tantos objetos es aficionado á la caza.

El uso que hace para sus apuntes de las antiguas pape-

Grabado núm. 1.



jetas de préstamos, prueba que es económico y que considera que ha ejercido una industria tan santa y tan buena como otra cualquiera.

Dado el hombre, esto es, el jefe de la familia, busquemos á las personas que le rodean.

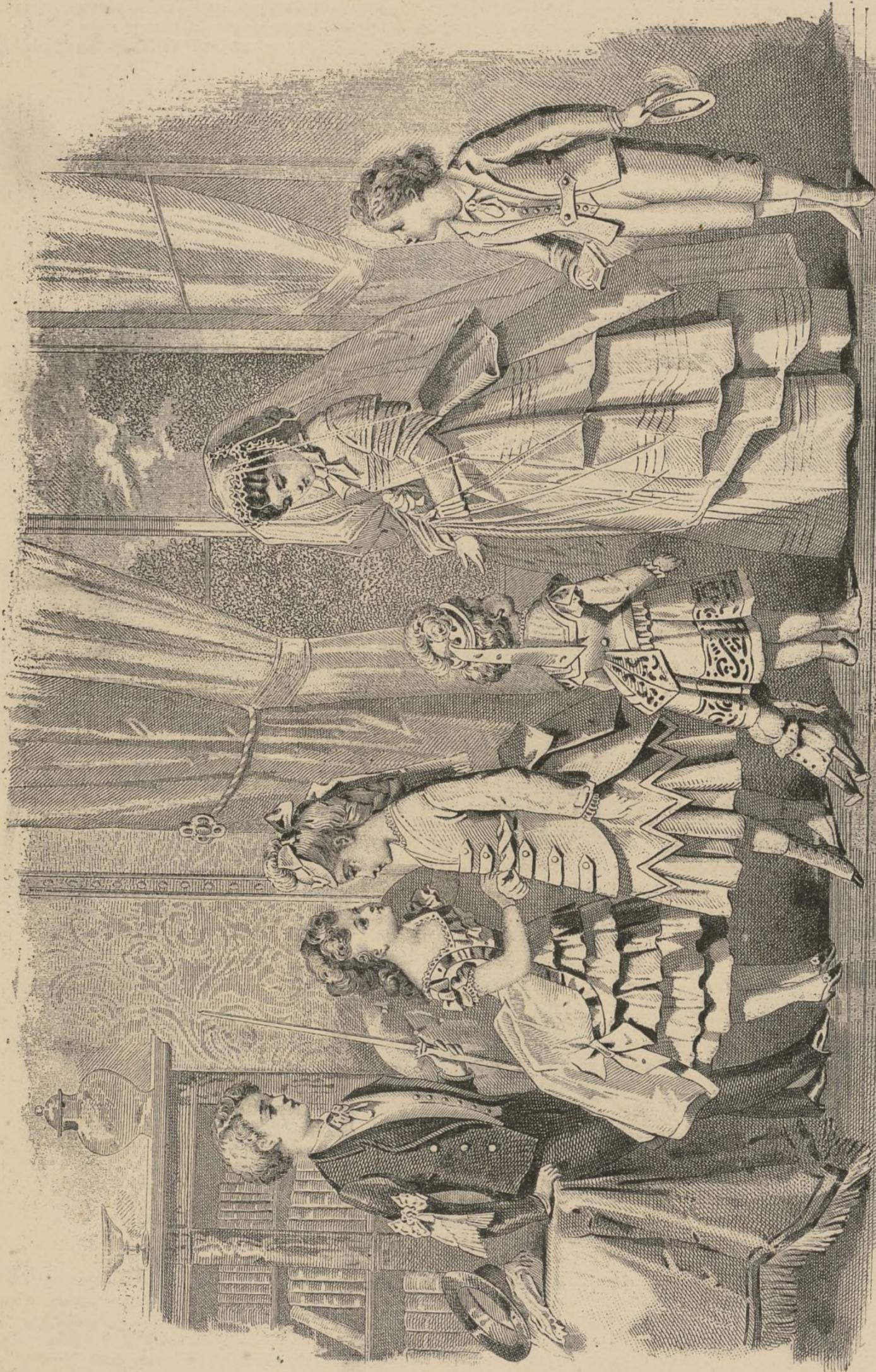
Antes no podemos ménos de figurárnosle, aun sin verle.

Debe ser viejo y pequeño de estatura. La banquetta que ay á los piés de su sillón, más alta que los vulgares, lo prueba así.

Unos espejuelos de oro que se encuentran sobre la mesa, dan idea de su antigüedad y de su amor al pasado.

La casa en que habita, el lujo exterior, sólo indican en él la necesidad de hacer un negocio. De lo contrario, viviría con la mayor economía. Esto se comprende al ver la pobreza del sillón que ocupa, y dos sillas muy usadas y pobres que hay en el despacho.

Seguramente cuando alguno va á sentarse en las buenas, le dice :



1036

**EL ÚLTIMO FIGURIN.**

ADMINISTRACION: CALLE DE LAS TABERNILLAS, NÚMERO 8.—MADRID.

18-72



—No, ahí no; siéntese usted en esas otras.  
 Un ancho pasillo cubierto de estera de pleita, prueba que la señora de la casa, si la hay, que aun no lo sabemos, sólo se cuida de lo que ve la suegra, como suele decirse.  
 —El pasillo es oscuro,—se ha dicho,—aquí que no peco, pongamos estera de tres reales.

No es fuerte en economía doméstica la que así obra, pues está demostrado que la estera de tres reales dura un año, y la de seis, tres ó cuatro.  
 A la derecha hay una puerta, se abre, y levantando un *portière* de lana listada, se entra en la sala.  
 Es cuadrada, con dos balcones y una puerta que conduce

Grabado núm. 2.



á un gabinete. Está alfombrada con esa alfombra de pasta que se fabrica en Cataluña.

El dibujo es chillon; hay flores, hojas, mucho verde, mucho amarillo, mucho bermellon.

Una jardinera dorada aparece entre los dos balcones. Un espejo grande muy cargado de adornos en las molduras, descansa sobre la jardinera, y sobre el mármol hay un reloj dorado con dos figuritas: un pastor tocando un caramillo, y una

zagala haciendo calceta. A los lados floreros de rosas y mariscos y dos candelabros dorados.

Un sofá y doce sillas de damasco amarillo, cuatro butacas, un velador maqueado, alfombra de moqueta al pié del sofá: todos los muebles de valor, pero de poco gusto.

Encima del sofá, en grandes marcos, hay dos retratos. Uno responde al tipo del amo de la casa, tipo que hemos adivinado consólo examinar su despacho. El otro debe ser de su consorte.

Aquella cara redonda y coloradota, aquel pecho turgente, aquel cuerpo corto, aquella nariz sin concluir, aquella frente aplastada, y sobre todo, aquella mano que sufre horriblemente al contener el abanico de encajes y el pañuelo para que no se caigan, dicen muy alto que aquella señora es la que ha elegido la alfombra de la sala y la estera del pasillo.

Por otra parte indica la época en que se hizo el retrato. A juzgar por la dificultad con que lleva el traje, por lo apurada que se encuentra al verse vestida de aquel modo, debió retratarse en los albores de la fortuna de su marido al pasar de crisálida á mariposa, de prestamista á señora que vive de sus rentas.

Debajo de los dos retratos hay en un marco dorado un abecedario bordado de tapicería, y abajo un nombre diminutivo y un apellido.

Es la primera labor de la hija; luego hay hija.

Dos daguerreotipos comprueban este dato y demuestran que son dos los vástagos de la familia. ¿Pero viven? ¿Qué carácter tienen? ¿Participan del estilo de los autores de sus días?

Ménos atareado que hasta ahora, continuará este estudio con asiduidad en los números siguientes

Julio Nombela.

## MATILDE DIEZ.

En 1832 saludaba y aplaudía el público gaditano, una

Grabado núm. 3.



estrella que al aparecer en el horizonte del arte, esparcía tan brillantes rayos, que á no dudarlo, estaba destinada á reinar sin rival, en la esfera en que Maiquez y Rita Luna habian alcanzado tan sublimes triunfos.

En *La huérfana de Bruselas* se presentaba por primera vez, y cuando apenas contaba 12 años, la inspirada artista que debia recorrer y ha recorrido el camino de una gloria imprecadera, porque el verdadero génio es inmortal.

¿Quién no ha admirado á Matilde Diez en la sublime creación, *Amor de madre*? Todo lo que encanta, todo lo que seduce, el génio, la belleza y la inspiracion, se reflejaban en sus movimientos, en su voz, en la maestría con que conmovía al público, trasmitiéndole los sentimientos de que estaba poseída.

En *Bandera negra*, en *La niña boba*, en *María Stuardo*, la

hemos visto elevarse hasta lo sublime del arte; y ya inocente y sencilla, ya apasionada y amante, ó bien enérgica y valiente, luchando con su desventura y la altivez de Isabel de Inglaterra, la mujer, la artista, desaparecía para presentarnos realmente al personaje que tan clásicamente interpretaba.

Estando en Barcelona, en 1836, se enlazó por poderes con el eminente é inolvidable actor Julian Romea, á la sazón en Madrid; en 1849, fué nombrada Matilde primera actriz de cámara de S. M. la reina doña Isabel II, honor no dispensado hasta entonces, y que era una prueba de la entusiasta admiracion que causaba su privilegiado talento.

Una larga enfermedad la postró en el lecho del dolor, haciendo temer que se extinguiera para siempre su inteligencia, pero su corona debia ostentar nuevos laureles aún, y ya

repuesta, partió en 1852 para América á obtener brillantes ovaciones en aquel ardiente suelo, cuyos hijos tan grande y tan noble hospitalidad dispensan al talento.

La carrera de triunfos, inaugurada en Cádiz, no se ha interrumpido aún, y apenas hace algunas semanas, que en el teatro del Circo admirabamos á la grande artista, en *Los niños grandes*, en *El amor y la gaceta*, en *La mujer compuesta* y en *El novio de mi mujer*. Matilde, tiene tal naturalidad, tan notable conocimiento de la escena, que sin esfuerzo alguno, está siempre á la altura del personaje que representa, sosteniendo el entusiasmo del público sin interrupcion.

Si nuestro siglo es el siglo del positivismo, y en el cual, todo cede ante la ambicion y la sed del oro, no por eso los verdaderos entusiastas del génio, dejan de rendir culto á todo lo bello, noble é inspirado; y Madrid, cuna de Matilde Diez, tributa sus contínuos homenajes á la que tanto ha elevado la bandera de la inteligencia, y nosotros hoy, tambien la dedicamos estas desaliñadas líneas, como la expresion de nuestro amor al arte y nuestra admiracion por la artista.

J. Castro. y Cerbó.

## EL LIBRO DEL CORAZON,

NOVELA DE COSTUMBRES

DE D. RAMON ORTEGA Y FRIAS.

(Continuacion.)

—Todo lo compones así,—añadió Maricota, levantando la voz.

—No puedo hacer otra cosa.

—¿Qué te sucede?... Parece que vienes medio muerto... Pues mira, yo no estoy para fiestas, y la paciencia se me acaba, y como ya tengo encendida la sangre, no aguantaré más. ¿Me entiendes, Plácido? Para tí son las dulzuras y para mí las amarguras. ¿Quién había de decírmelo? Tú te vas por la mañana, no vuelves hasta la hora de comer, y yo entre tanto...

—Sí,—interrumpió Plácido irónicamente,—voy á divertirme lo mismo que hoy, lo mismo que ayer y que todos los dias.

—Todo eso es música celestial.

—Déjame, Maricota.

—¿Que te deje?... Sin un hueso sano.

—Si me quitas la vida, puedes decir que me haces un gran beneficio. ¡Ay!... Si tuvieras que entenderte con ese hombre...

—¿Pero qué ha sucedido?

—¿Y el niño?—preguntó Plácido, mirando á su alrededor.

—Allí lo tienes, míralo qué humilde... No puedes pedir más.

—Espera, Maricota, porque tenemos que hablar de asuntos interesantes y no nos convienen los testigos.

Maricota se dirigió al niño, diciéndole mientras le amenazaba:

—Fuera de aquí.

—Con suavidad, mujer.

—Tu suavidad lo pierde, y ahora aprovechará la ocasion para irse otra vez á la plazuela, y yo tendré que salir á buscarlo.

—No se irá,—dijo Plácido.

Y levantándose y acercándose al niño, añadió con voz melíflua:

—Ven, hijo mio, ven.

El niño, sin articular una silaba, púsose en pié y siguió al hombrecillo.

No era posible mirar con indiferencia á la tierna criatura. Sus grandes y magníficos ojos, de negra pupila y rodeados de grandes pestañas, revelaban una tristeza profunda, y más que tristeza, uno de esos dolores constantes que son un roedor de la existencia.

Su rostro pálido y demacrado probaba la falta de salud. Más que vestido, iba envuelto en harapos.

A pesar de todo esto, su belleza era extraordinaria, expresiva, conmovedora.

¿Qué crimen habia cometido la infeliz criatura para verse tratada tan cruelmente?

Salió con Plácido, y éste volvió á los pocos momentos.

—Queda encerrado,—dijo.

—Así debe estar á todas horas.

—Y lo estará, porque la situacion cambia y el negocio toma un aspecto muy desagradable.

—Plácido,—replicó Maricota con acento de mal contenido enojo,—tú te has propuesto...

—Hacerte feliz, ya lo sabes; pero hay criaturas que se empeñan en ser desgraciadas, y como se empeñan, lo son. Así es la condicion humana, y por eso todos se quejan de la fortuna.

—Deja los sermones para otra vez.

—Quiero que comprendas...

—Lo comprendo todo, porque á Dios gracias, no soy tonta. Ya te he dicho que esto es preciso que concluya, y como me ves dispuesta á tirar de la manta aunque todo se lo lleve el diablo, me vienes con esa palabrería para aturdirme...

—Escúchame.

—Cuando he querido que ese arrapiezo esté encerrado para que no me queme la sangre, tú te has empeñado en que ha de tener libertad, y ahora que yo pensaba darle mucha, dices que habrá que guardarlo como se guarda un tesoro.

—¿Acaso no me has visto dispuesto á secundar tus planes? A pesar de todos los inconvenientes, yo queria que el muchacho aprovechase el tiempo, lo he preparado todo...

—¿Y ahora?

—Hay un adagio que dice que el hombre propone y Dios dispone,—repuso Plácido, exhalando un suspiro.

—No te entiendo.

—Me entenderás cuando me explique.

—Ya te escucho,—dijo Maricota, sentándose y sacando la petaca para hacer un cigarro.

—He visto al otro.

—¿Y quién es el otro?

—No puede ser más que una persona, porque me habias dicho que hacia falta dinero...

—¿Y te lo ha dado?

—Toma, toma.

Plácido sacó dos monedas de oro, y se las entregó á Maricota.

—¡Gran puñado!—dijo ésta desdeñosamente.

—Son diez duros...

—Un caudal.

—Piensa que...

—Lo que pienso es que para vivir miserablemente, no necesitamos meternos en estos negocios. Debo en la tienda más de cincuenta reales.

—Paga.

—La cuenta de Anton el tabernero, sube á cuatro duros.

—Págale tambien.

—Estoy descalza, y además...

—Gástalo todo.

—¿Pero es posible que no te haya dado más que estos diez duros?

—Nada más, y aun le parece demasiado.

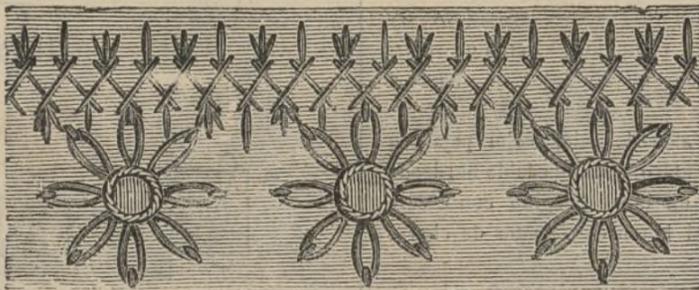
Maricota dejó escapar una blasfemia.

Plácido exhaló un triste suspiro.

—Tú,—dijo,—tienes algunos antiguos pecados.

—Y á mucha honra, porque eso prueba que para algo sirvo.

Grabado núm. 4.



—En cuanto á mí...  
 —Eres un bribon que no pagas aunque te ahorquen cien veces.  
 —Tambien sirvo para algo.  
 —Pero con tu hipocresía...  
 —Represento mi papel como mejor puedo.  
 —Engañas al mundo...  
 —Pero no puedo engañar al que me ha dado esos diez duros, y como mi vida está en sus manos y la tuya tambien...  
 —¡Oh!—exclamó Maricota, apretando los puños.—No eres hombre, no eres hombre.  
 —¿Otra vez te arrebatas?  
 —Ya has podido quitar del mundo á ese tunante, que es todavía más hipócrita que tú.  
 —Es verdad; pero ¿qué adelantariamos?  
 —Un peligro ménos.  
 —Pero, poco ó mucho, algun dinero nos dá, y el dia que necesitemos proteccion, la tendremos, porque le conviene emplear en nuestro favor su influencia mientras el muchacho esté en nuestro poder.  
 —Si hubieras averiguado...  
 —Ya sabes que lo intenté, pero al primer paso que dí, me encontré con él. ¡Ah!... Si yo conociese la procedencia de ese niño, podríamos quitar de enmedio al otro y explotar el secreto á nuestro gusto; pero si ese hombre dejase de existir, ¿qué nos quedaria? El chicuelo, que por pronto que dé algun fruto, ha de ser por espacio de algunos años una carga muy pesada.  
 Maricota quedó pensativa, porque empezaba á convenlarla el razonamiento de Plácido.  
 —Tendremos que esperar, ya lo veo,—dijo depues de algunos minutos.

(Se continuará.)

#### EXPLICACION DEL FIGURIN SUELTO.

- 1.° Traje para niño, propio para primera comunión.—Pantalon semi-ajustado, chaleco blanco, chaqueta abierta con solapa: botas de charol y corbata blanca.
- 2.° Vestido para niña de 6 á 8 años.—Falda de fular color paja con volantes alternados de seda violeta, en el delantero. Segunda falda bordeada con seda violeta y recogida á los lados con un lazo. Corpiño con escote cuadrado y volantitos. Mangas con lazo en el hombro. Zapatos de charol con lazos violeta.
- 3.° Traje para niña de 6 á 7 años.—Vestido de seda azul: polonesa corta por delante con muletillas á cada lado. Cinturon con lazo. Sombrero de paja de arroz con caída azul y pluma del mismo color. Botitas azules.
- 4.° Niño de 4 años.—Trajecito de cachemir blanco, con la falda adornada con cachemir grana bordado con negro. Corpiño con escote cuadrado, adornado con cachemir grana bordado de negro. Sombrero de paja adornado con pluma blanca y cintas grana.
- 5.° Vestido de muselina blanca, adornado con bieses y tres volantes por detrás con tres bieses. Corpiño redondo. Manga con tres jockeys y bieses. Cinturon de cinta ancha. Velo de tul para primera comunión, puede suprimirse el velo y se le pone cinturon azul ó rosa, para reunion.
- 6.° Niño de 5 á 7 años.—Traje de paño Habana. Pantalon, chaleco blanco, chaqueta cerrada por delante con una muletilla; corbata encarnada Sombrero de paja con plumas.

#### EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 1.

- 1.° Vestido de seda gris.—Falda lisa de cola. Corpiño con aldetas abiertas, adornadas con guipur y pasamanería. Abrigo de seda con fleco y sutache: puede hacerse tambien de cachemir. Sombrero de paja adornado con cintas gris y bordes de encaje.
- 2.° Traje para jovencita.—Vestido de poplin lisa, con el corpiño de aldetas. Gaban de paño de seda, ajustado por delante, con tabla Watteau en la espalda con lazo, bieses y fleco. Sombrero de paja guarnecido con terciopelo y cinta.

#### EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 2.

##### SOMBREROS DE VERANO.

- 1.° Sombrero redondo de paja belga, adornado con cintas de terciopelo negro y de seda azul: caídas de flores adornan el centro.
- 2.° Sombrero de paja con caída de encaje, rosas de Bengala y lazo negro con cocas.
- 3.° El sombrero núm. 2 visto por el lado opuesto.
- 4.° Sombrero de paja belga adornado con caída de encaje anudada, tres bieses de seda rosa y ramo de rosas de Bengala.
- 5.° Sombrero de paja de arroz, redondo, adornado con un cordon de violetas y capullos de rosa té: bridas color violeta.
- 6.° Lazo de capricho formando hojas bordeadas con bieses y escarpela en el centro.

#### EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 3.

Bordado para el porta-ramillete ó jardinera. (Véase nuestro número anterior.)

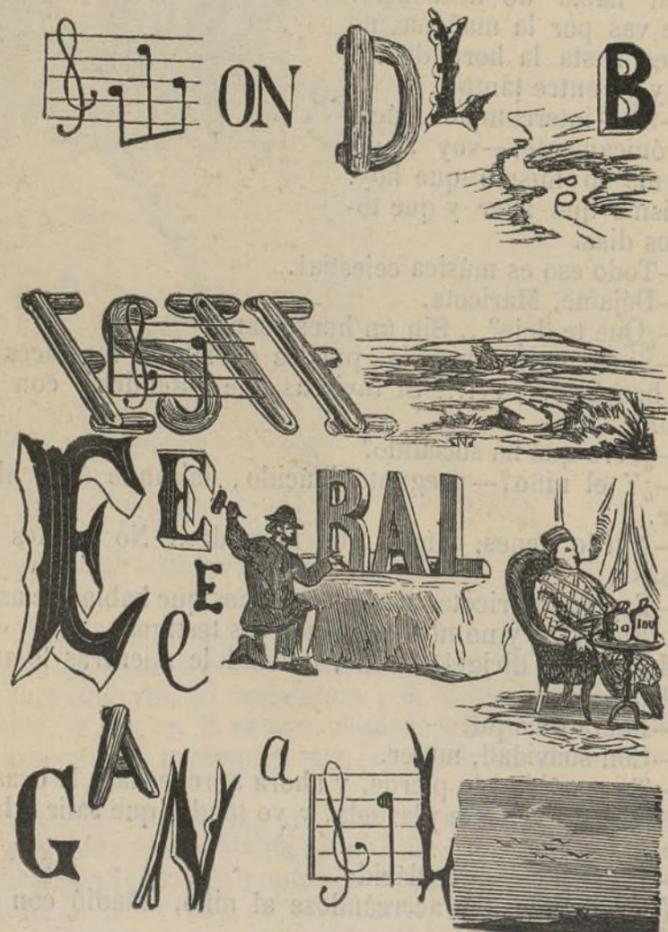
#### EXPLICACION DEL GRABADO NÚMERO 4.

Adorno al punto ruso, propio para gabancitos ó trajes para niño: se borda sobre cachemir ó paño, empleando para este trabajo lana de dos cabos y de dos puntos de color, ó de uno solo, pero uno de ellos más claro.

#### ADVERTENCIA.

El figurin iluminado del presente número, llevará la explicacion en el próximo, por haber llegado á última hora.

#### GEROGLÍFICO.



(La solución en uno de los próximos números)